



## ACTO QUINTO

El paseo de los campos Eliseos detrás del «Concierto de Embajadores» por donde salen los artistas; en el fondo, la Avenida de Gabriel donde un elegante cupé aguarda. Es de noche. La puerta del concierto alumbrada por dos faroles. Junto a la puerta grande, anuncios artísticos donde se lee: «Concierto de Embajadores. Zazá.»

### ESCENA PRIMERA

JULIO, ADOLFO, BERNARDO

Al levantarse el telón no ha terminado aún el concierto percibiéndose vagamente como en el acto primero los sonos de la orquesta. Algunos espectadores y artistas salen aisladamente. Otras personas de diversa condición social aguardan la salida de los artistas, etc. Julio y Adolfo, dos golfos, ofrecen fuego a los transeúntes, vendiendo periódicos, cerillas y canciones.

- AD. La canción del soldado.  
JUL. La última creación de Zazá. (Bernardo llega y se detiene junto a la puerta del concierto, sacando un pitillo. Adolfo corre a ofrecerle fuego.)  
AD. (Ofreciéndole una cerilla.) ¡Caballero!  
JUL. Las últimas canciones de Zazá; la historia de la Estrella de Embajadores!  
AD. ¿Los diarios, señorito?  
DUF. (A Julio.) Tú, trae la historia esa. (Le da una moneda.) Guarda la vuelta.  
JUL. Muchas gracias, señorito. (A Adolfo.) ¿A quién estará acechando?

- AD. Este es nuevo. ¿Por quién vendrá?  
JUL. Quizá por Zazá... Ha comprado su... «infundio».
- AD. ¿Te ha comprado su historia? En tal caso no la conoce.  
JUL. Por eso querrá conocer su filiación? (Bernardo se acerca.)  
DUF. ¿Los artistas salen por esa puerta?  
JUL. Sí, señorito; pero el concierto no ha terminado aún. Algunos artistas que han cantado ya empiezan a desfilar. Mire usted. Ese es Zinard... ¿Le aguardaba usted quizás?  
DUF. No.  
JUL. Es muy malo... y huele a aguardiente que apesta... El caballero aquel que espera junto al árbol, está allí por Rosina... Hay noche que se convierte en guardacantón esperando más de hora y media. ¿Verdad, tú?  
AD. Sí. ¿Y por qué no habrá venido esta noche el pollito rubio?  
JUL. Hace ya dos noches que no parece. Mira, el que anda por allí es su substituto.  
AD. ¿Y aquel no es el viejo de la Mainard?  
JUL. ¡Justo! ¡Pobre señor!... Estoy por decirle que en cuanto ella se entere de que le espera, sale por la otra puerta.  
AD. (Escuchando.) ¿Quién canta ahora? Será Luisa. Zazá ha terminado hace rato.  
DUF. ¿Saldrá por esa puerta?  
JUL. (Dando con el codo a Adolfo.) Ya imaginaba yo que el señorito la aguardaba... Debe salir por aquí... Mire usted, aquél es su coche.  
DUF. ¡Ah! ¿Es el coche de Zazá?  
JUL. ¡Si lo sabremos nosotros! Como que todas las noches la acompañamos porque nos da alguna propineja... Si el señorito quiere algún recado...  
DUF. No.  
JUL. Es que quizás el señorito no sepa...  
DUF. ¿Qué?  
JUL. Que el alto está dentro.  
DUF. ¿Qué alto?



JUL. Un señorón que es el amigo.  
 DUF. ¿Viene todas las noches?  
 JUL. ¡Oh! No todas, pero muy amenudo. Esta noche está dentro. ¿El señorito quiere verle?  
 DUF. No.  
 JUL. Ya suponía yo... Por eso he prevenido al señorito. (Bernardo aparenta leer el libro que ha comprado. Bussy y Caballero entran en escena, saliendo del concierto.)

ESCENA II

Dichos, BUSSY y CABALLERO

CAB. Nunca había cantado como esta noche.  
 BUS. ¡Oh! ¡Admirable! (El Caballero ofrece un cigarro a Bussy.)  
 CAB. ¡Qué artista!  
 BUS. Deliciosa.  
 CAB. Es la estrella que enloquece a los parisenses.  
 BUS. ¡Es adorable!  
 CAB. ¡Qué lástima que nos abandone tan pronto!  
 BUS. ¡Cómo!  
 CAB. Un empresario le ha ofrecido cien mil francos mensuales si quiere ir a Nueva York.  
 BUS. ¡Cien mil francos!  
 CAB. Y pensar que fui el primero en apreciar su talento.  
 BUS. Poco a poco; que yo fui quien descubrió los méritos de Zazá.  
 CAB. ¡Eh!  
 BUS. Tengo el orgullo de poder decir que fui el primero en dedicarla un artículo encomiástico en mi diario de Sant Etienne.  
 CAB. ¡Bah! ¡Tiene usted la misma manía que Cascart, que aun pretende ser el que la lanzó! (Se alejan saliendo de la escena conversando. Un caballero vestido con gran corrección, se dirige al cochero y después de dirigirle algunas palabras sale.)

ESCENA III

JULIO, ADOLFO, BERNARDO, luego ROSALÍA, después ZAZÁ

JUL. (A Julio.) El alto se larga. No entra con mal pie el nuevo... Me parece que esta noche paseará en coche.  
 DUF. Quién sabe.  
 AD. No es mal tipo.  
 JUL. ¿Tú crees que se necesita eso para ir en coche?  
 AD. Siempre es una probabilidad más. (Rosalia aparece por la puerta del concierto seguida de un «groom» llevando ambos grandes paquetes, cajas de sombreros y ramos de flores.)  
 JUL. (A Bernardo.) ¡Señorito! Va a salir en seguida... Ahí está ya su camarera.  
 DUF. ¡Rosalia!  
 ROS. ¡Oh! ¡El señorito Bernardo!  
 AD. (A Julio.) ¡La conoce!  
 JUL. ¡Vaya!.. Me parece que ya el nuevo es viejo.  
 ROS. ¡Cuánto tiempo sin haber sabido de usted!  
 BER. Tres años. Mucho tiempo. ¿Y Zazá?  
 ROS. La señorita, bien. Como se sorprenderá al verle a usted.  
 DUF. ¿Y qué tal?  
 ROS. ¡Oh! Han cambiado los tiempos señorito... Ahora somos ricas. Ya ve usted, coche y joyas y halagos y aplausos en todas partes.  
 DUF. ¿No se habrá acordado más de mí, verdad?  
 ROS. No lo crea usted, señorito. Si usted supiera el disgusto que pasamos cuando usted la abandonó... Lo que lloró la señorita... Estuvo enferma de veras, en verdadero peligro. ¡Ah! Mire usted ahora llega con la señorita Luisa.  
 DUF. Quisiera verla sin testigos.  
 ROS. Aguarda usted un momento voy a prevenirla. (Se retiró Bernardo hacia el fondo.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO



ESCENA IV

Dichos, ZAZÁ, LUISA. Aparecen por la puerta del concierto. Zazá lleva un paquete de cartas.

LUI. ¿Son todo cartas de amor?  
 ZA. Que sé yo. Probablemente.  
 LUI. ¿Y no has abierto ninguna?  
 ZA. ¿Para qué? Todas dicen lo mismo.  
 LUI. Eres cruel con tus adoradores.  
 ZA. ¿Quieres que me interese por todos?  
 LUI. ¿Serían muchos, verdad?  
 ZA. Sí, muchos, y poco interesantes.  
 LUI. ¿No has estado nunca enamorada?  
 ZA. Cállate. No hablemos de esas cosas.  
 LUI. Parece que la enfermedad pasó: pero puede presentarse el peligro de nuevo.  
 ZA. No lo creo. Estoy bien curada.  
 LUI. ¿No firmarás el contrato con el empresario americano?  
 ZA. ¡Bah! ¡Cien mil francos mensuales!  
 LUI. No es una bicoca. Debieras indicarme la receta para ganar tanto dinero y tanta gloria.  
 ZA. Es una receta muy sencilla... Muchas miserias, muchas tristezas y mucho trabajo...  
 LUI. ¡Trabajo, miseria y tristezas!.. De esas mercancías tengo mucha existencia.  
 ZA. Pues, hijita mía, solo te falta una casualidad, un momento de suerte. No temas; cuando menos lo imagines, se presentará. Adiós.  
 LUI. Adiós. Buenas noches. (Vase.)  
 Ros. ¡Señorita!  
 ZA. ¿Por qué no has ido a casa? ¿Qué aguardas? (Rosalia señala a Bernardo.)  
 ZA. ¡Bernardo! ¿Tú, aquí? (Corre hacia él estrechándole la mano. Se miran fijamente.)  
 JUL. (A Adolfo.) ¡Se tutean! Divinamente, ese paseará en coche. (Salen los dos y detrás Rosalia.)

(Con emoción, Sofocada.) ¡Podías prevenirme de tu llegada! Vaya una manera de sorprender a los amigos. Mi corazón late con tal fuerza que no me deja respirar. Después de tres años. ¿Recuerdas? Debías prevenirme, Bernardo.

¡Mi querida Zazá!  
 (Tomando aliento.) ¡No podía respirar!.. Ya pasará... Todo pasa... ¡Deja que te mire! (acercándole a la luz.) Apenas has cambiado... ¡Estás más moreno! ¿Has llegado de América?

Esta mañana... y ya ves, me ha faltado tiempo para buscarte.

Gracias.  
 Desde hace tiempo los periódicos hablan constantemente de tu talento y de tu gracia. Los mismos diarios de América reproducen con elogio tu nombre a cada paso. Si supieses cuantas veces al leerlos me preguntaba si aquella Zazá era mi Zazá, mi deliciosa y encantadora Zazá...

¡Ya ves!  
 Y me he convencido de ello al verte aparecer en escena: créelo, no sabía lo que me pasaba.

¿De verdad?  
 Los aplausos, tu gloria, tu fortuna...  
 Sí; la gloria, la fortuna... Pero hablemos de tí... ¿Tus negocios?...

No tengo derecho a quejarme. Pasaré algunos años más en América, y a mi regreso seré rico... Ahora sólo permaneceré aquí un mes.

¿Sólo un mes?  
 Únicamente he venido para negocios.  
 Un mes... y luego otra vez a América...  
 Sí...

¿Y Totó?  
 ¡Oh! Es ya casi una mujer... Está convirtiéndose en una americanita. Apenas habla otro idioma que el inglés.



- ZA. ¿Te contó?...
- DUF. Todo, con sus nimios detalles... En cuanto estuve convencido de lo que había ocurrido, volví a tu casa y hallé el piso vacío, sin que nadie pudiera enterarme de tu paradero, porque no dijiste hacia donde te dirigías. Comprendí entonces que todo era inútil.
- ZA. Sí, no quería verte más. Costase lo que costase, quise arrancarte de aquí. (Señala el corazón.) Era necesario... ¡Si supieras lo que he sufrido!... ¡Te quería tanto!... No, no te acuso.
- DUF. Tienes derecho a acusarme.
- ZA. No, no quiero que tengas ningún remordimiento... La decepción fué cruel... pero... a pesar de todo, no me arrepiento de haberte amado.
- DUF. ¿Eres dichosa ahora?
- ZA. Sí... No... No sé cómo explicarte... A tu lado me sentía feliz, nada apetecía ni deseaba. Necesitaba amor tan sólo y tu amor llenaba mi alma toda... Luego... luego... el amor me había abandonado y era preciso vivir, era preciso algo que me preocupase para no morir de tristeza y de desconsuelo. Me interesé por mi carrera, por mi arte... y, la verdad, es hermoso sentirse con talento para avasallar todo... ¡Ser célebre, conquistar al público, dominarle a tu placer, hacerle reír, gritar, aplaudir, derramar lágrimas, conmovérle y subyugarle según dicte tu soberana voluntad! ¡Oh, es hermoso! Luego los aplausos, las felicitaciones, la fortuna... no es mucho, pero impide pensar en otras cosas... ¿Si soy dichosa, dices? No sé. Me divierto y no estoy triste... Feliz, verdaderamente feliz, no... ¡Hace tres años que no he sido feliz ni un instantel Y te juro que hay momentos en que diera toda mi gloria, toda mi fortuna, todo mi talento, para volver a em-

- pezar de nuevo aquellos seis meses de mi primer amor... ¡Sólo una vez puede amarse como te amé!
- DUF. ¡Oh! ¡Mi Zazá! ¡Si supieses como has estado fija en mi mente! Quería olvidarte, pero tu recuerdo esclavizaba mi pensamiento. Nunca, ni un solo día, he dejado de acordarme de ti. Pero hace poco tiempo, cuando empecé a dar con tu nombre en todas partes, habiendo alcanzado la celebridad, tu recuerdo se ha convertido en una verdadera obsesión.
- ZA. Pues mira, muchas veces al ver mi nombre impreso en los periódicos del extranjero, se me ocurría que donde te hallases debías leerlo, sintiéndome satisfecha al pensar que te acordarías de mí... Ya ves, pude huir de ti, pero no pude ni quise olvidarte... Cuántas veces al aparecer en escena, entre tantos ojos fijos en mí, buscaba los tuyos, pensando: ¡habrá vuelto! ¡He sufrido cruelmente, Bernardo!... He soñado mucho en nuestro amor, y siempre, al despertar, al no hallarte a mi lado, he pensado que aquella felicidad no podía volver. ¡No puedo ser feliz!
- DUF. ¿Por qué no puedes ser feliz? ¡Oh, mi Zazá! Acaso no estoy a tu lado, acaso no te amo como no te amé nunca, como nunca nadie te ha amado! En cuanto pisé el vapor para regresar a Francia, sólo he tenido un deseo: verte de nuevo; sólo un pensamiento llevaba en mi mente: ¿me habrá olvidado? ¿Me amará aún? Lejos de ti, al conjuro de tu recuerdo, sentía renacer mi amor, y ahora al verte, al escuchar tu voz, siento que nunca te amé con amor tan apasionado... ¿Jamás, dices? Y nos hallamos juntos, amándonos como nos amábamos en aquellos tiempos dichosos. ¡Oh, Zazá, mi querida Zazá! La felicidad se nos



ofrece de nuevo. Un mes de felicidad, durante el cual viviremos de nuevo...

ZA.

¡Pobre amigo mío!

DUF.

¡Zazá mío!

ZA.

¡Pobre Bernardo!... ¿Y crees que sería posible? ¿Imaginas que volveríamos a encontrar aquella felicidad que perdimos? ¡Un mes de vida feliz! La felicidad a plazo fijo; como las letras de cambio. ¿Piensas que yo podría ser dichosa aguardando el vencimiento? Veinte y nueve días... veinte y ocho... veinte y siete... quince... catorce... sólo tres, dos, mañana. ¡Ah, no! Entonces un mes era toda la vida, tus ausencias no eran largas... Fuimos felices, porque nuestro amor nos enloquecía, pero desde entonces... han pasado tres años... No me has olvidado, dices, pero durante todo este tiempo mi recuerdo no te ha impedido estar dedicado tranquilamente a tus negocios; y ahora mismo, esa felicidad que me ofreces, no te impedirá separarte de mí en el plazo señalado... Y yo, ya ves... discuto, razono... Hemos envejecido los dos... no somos los niños enamorados y locos de entonces... ¡Nuestra felicidad no la recordaremos nunca!

DUF.

¡Oh! ¿Porqué me la has recordado?

ZA.

Sí, te he dicho que te había echado de menos muchas veces; no que fuera posible hallarla de nuevo.

DUF.

¿Jamás?

ZA.

¡Jamás!

DUF.

¡Oh! Y al pensar... (Interrumpiéndose bruscamente.)

ZA.

Sí; tienes razón. Sé lo que piensas... Te amo y rehuso... Y quizá a otro...

DUF.

Que no te amaré como yo, con toda mi alma.

ZA.

Oye. Si dentro de un mes pudiese separarme de ti sin que se desgarrase mi corazón, no te querría como en aquella época

de nuestro amor. Si continuase, en cambio, queriéndote, sufriría como sufrí entonces. ¡Y sufrí tanto!

DUF.

¡No me amas ya!

ZA.

¡Te amo demasiado todavía! Cuando los seres a quienes amamos han muerto, se olvidan sus defectos y sus ingratitudes para recordar sólo sus bondades y lo que nos hacía amarlos. Después de esos tres años, me acuerdo de ti como de un ser perfecto a quien adoraba. Pienso en ti como se piensa en un ser querido que me ha arrebatado la muerte. Es un recuerdo muy triste, pero es un recuerdo muy dulce. No, Bernardo mío, no insistas... quiero que seas siempre para mí el sólo hombre a quien he amado... No debo, no puedo tratarte como a un amante pasajero... Nos hemos hallado de nuevo... ¡Qué alegría más grande! Que sepa de ti de vez en cuando... No me olvides, pero es mejor que no nos veamos.

DUF.

¿Es tu última decisión?

ZA.

(Tendiéndole la mano que Bernardo estrecha con frialdad.) ¿Me guardarás rencor por ello?

DUF.

No.

ZA.

(Dirigiéndose al carruaje.) ¡Adiós!

DUF.

¡Adiós, Zazá!

ZA.

Besa a Totó en mi nombre. Dos besos muy fuertes, uno en cada mejilla... No debes decirle que yo se los mando... ¿Lo harás?

¿Me lo prometes?

DUF.

(Signo afirmativo.)

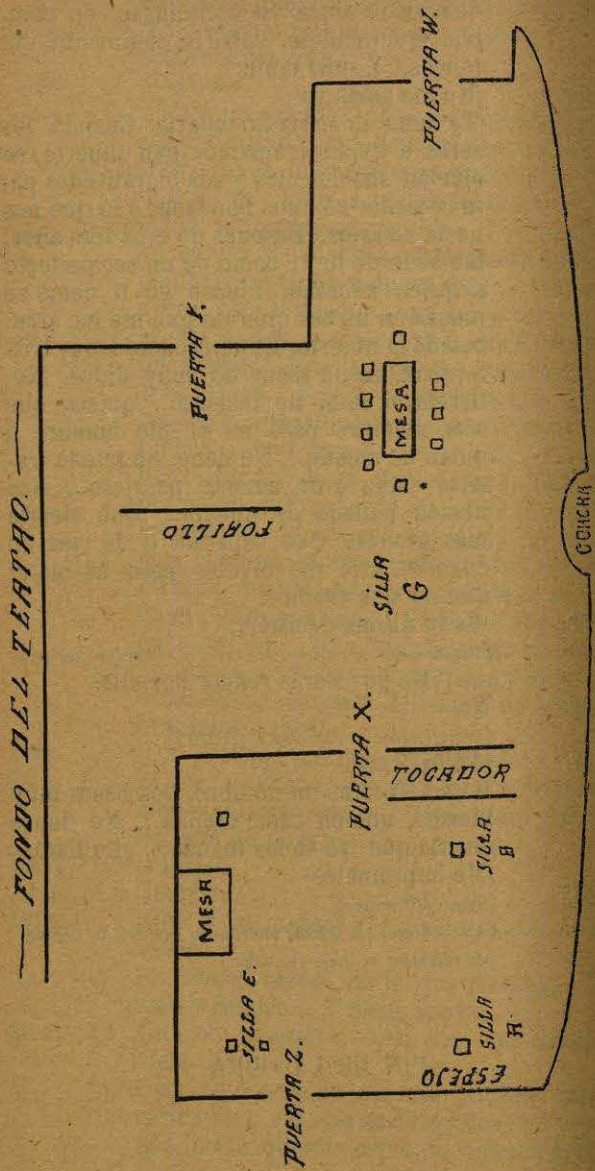
ZA.

(Al cochero.) ¡A casa! (Bernardo inmóvil la contempla mientras se aleja el coche.)

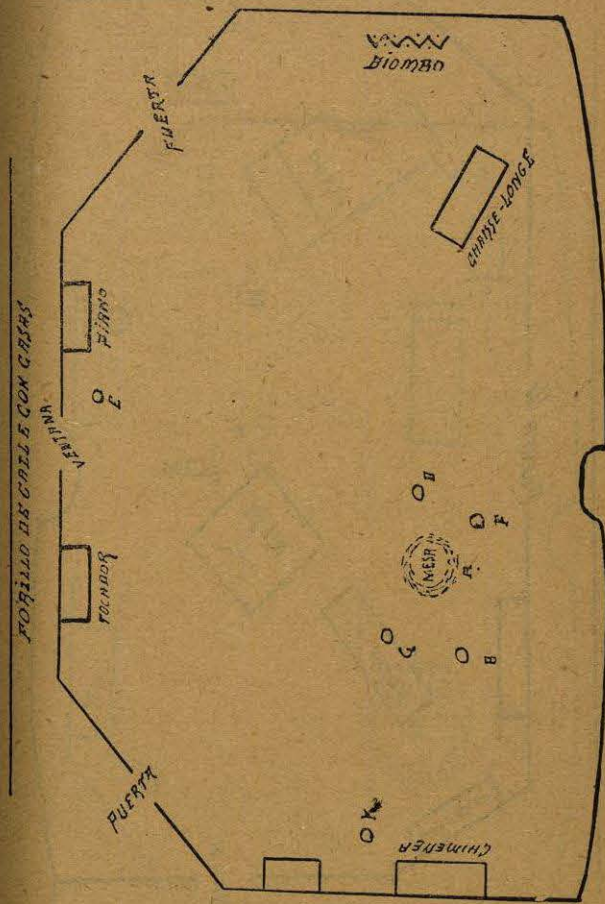
FIN DE LA OBRA



ACTO PRIMERO

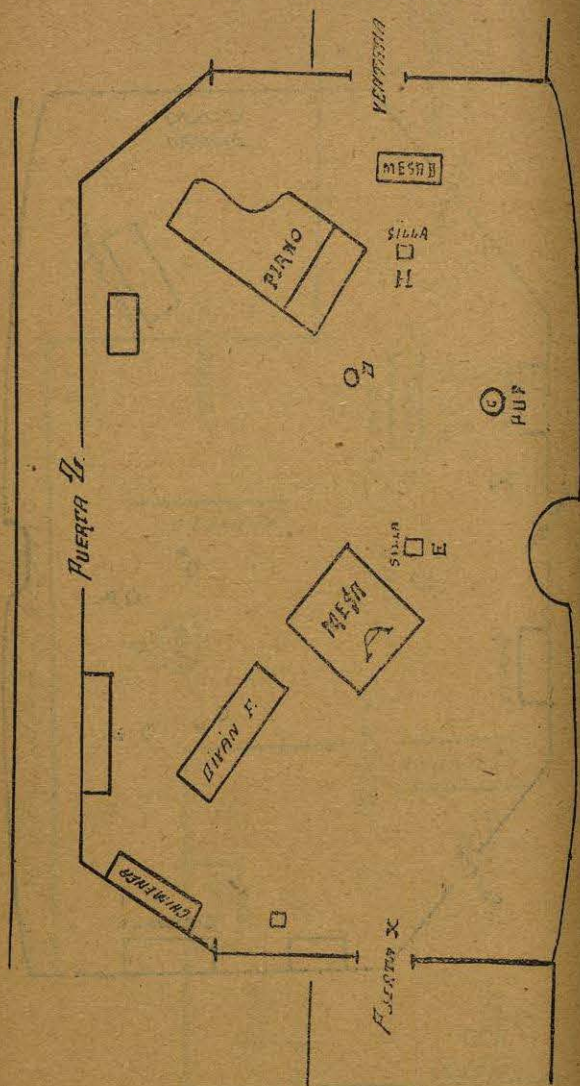


ACTO SEGUNDO

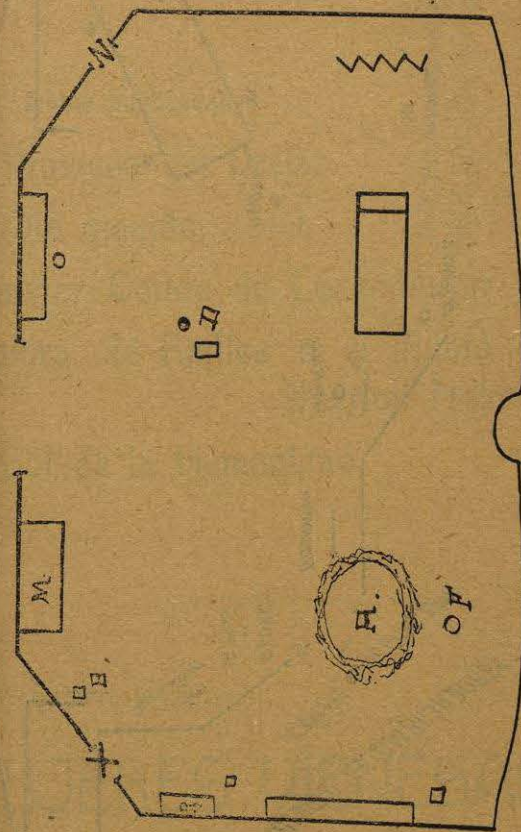




ACTO TERCERO

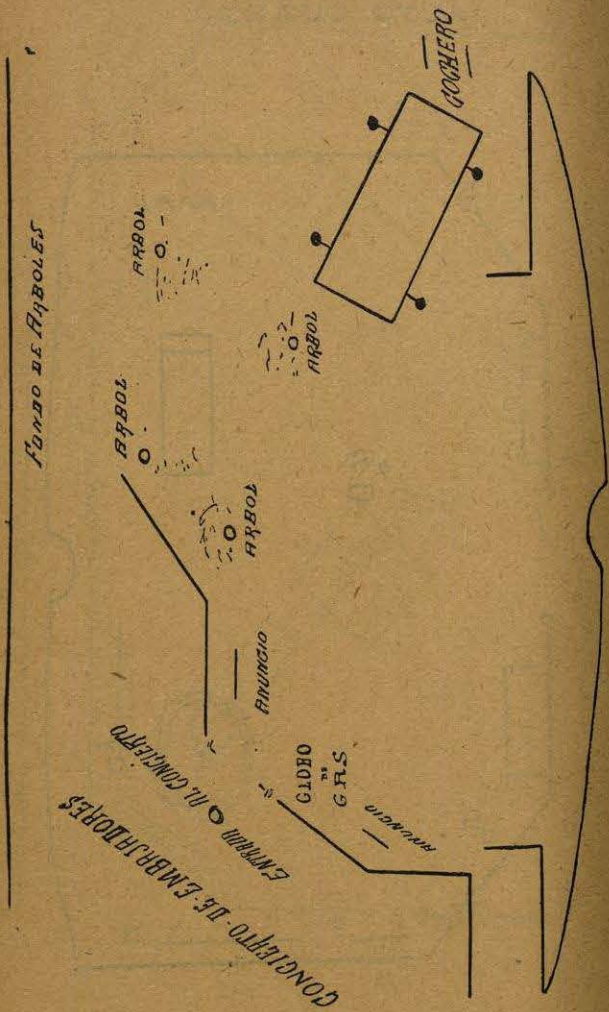


ACTO CUARTO





ACTO QUINTO



BIBLIOTECA  
TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21. - BARCELONA

Obras publicadas:

La Princesa del Dollar

La Ola gigante

El señor Conde de Luxemburgo

Captura de Raffles o el triunfo de  
Sherlok Holmes

El Sol de la Humanidad

Zazá

Seguirá la obra:

MUJERES VIENESAS

Opereta en tres actos de

PABLO PARELLADA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RYLES"

Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO